

# EL INTELLECTUAL, ORTEGA Y EL OTRO (ESCENAS DE POSTGUERRA)

---

**José Lasaga Medina\***

Universidad Nacional de Educación a Distancia / Recibido: 10 de mayo de 2017  
Fundación Ortega Marañón, España Aceptado: 28 de diciembre de 2017

✉ [jlasingam@gmail.com](mailto:jlasingam@gmail.com)

**Resumen:** “Llega a ser el que eres”, el lema de Píndaro es la cifra final que unifica filosofía y biografía en Ortega porque actúa como vínculo, a la vez ético y vital, entre el yo y el mundo. Dicho vínculo se llama técnicamente “vocación” y en la filosofía tardía de Ortega es la única fuente de sentido de la propia vida. La vocación decisiva de Ortega fue la intelectual o filosófica, en el sentido socrático-platónico, no la del “intelectual” como figura que interviene en los asuntos públicos, aunque también asumiera ese papel con notable intensidad hasta 1932 ó 1933. Desde que estalla la guerra civil española decide no manifestarse sobre temas políticos. Uno de los textos en que más a fondo reflexiona sobre la condición del intelectual en el doble sentido antes indicado fue “El intelectual y el otro” (1940), texto que dialoga dramáticamente con la circunstancia argentina en la que y para la que fue escrito, pero que tuvo repercusiones en el mundo del exilio republicano de la América hispana, especialmente en México.

**Palabras clave:** Ortega y Gasset; Alfonso Reyes; Guillermo de Torre; José Gaos; intelectuales

**Abstract:** “How One Becomes what One is” “is Pindaro’s motto is also what unifies Ortega’s philosophy and biography because it is a link, both ethical and vital, between the self and the world. That link is technically called ‘vocation’ and in Ortega’s late philosophy

---

\* Profesor de filosofía de la UNED e investigador de la Fundación Ortega Marañón. Entre otras obras, ha publicado un ensayo biográfico sobre Hannah Arendt (Eila editores) y en colaboración con Antonio López Vega, el ensayo Ortega y Marañón ante la crisis del liberalismo (ed. Cinca).

it is the only source of meaning for one's life. Ortega's most decisive vocation was of an intellectual-philosopher, in the Socratic-Platonic sense, not of the intellectual as a figure that intervenes in the public sphere, even if he did take on that role with great intensity until 1932-33. Since the outbreak of the Spanish Civil War he decided not to take a public stance in political matters. One of the texts where he reflects deeply about the condition of the intellectual in the roles mentioned above is "El intelectual y el otro" (1940), a text where he establishes a dialogue with circumstances in Argentina for which the text was written, and which had great repercussions in the world of the Republican exiles living in Hispanic America, especially in Mexico.

**Keywords:** Ortega y Gasset; Alfonso Reyes; Guillermo de Torre; José Gaos; Intellectuals

*“Así yo no tengo en el universo y del universo más que mi vida y resulta que una parte muy importante de ella se debe a la Argentina. Se trata, pues, no de deber atenciones a este país como a tantos otros transeúntes acontecerá, sino de algo fabulosamente más grave: se trata de que debo una parte sustancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina”*

*Ortega*

## **I. Un mono-diálogo con la circunstancia argentina**

En diciembre de 1940, cuando los porteños lectores de *La Nación* estaban a punto de abandonar la ciudad camino del sur para pasar el verano, se encontraron con un destemplado artículo de un colaborador español, asiduo a las páginas del diario desde que en 1923 enviara un inesperado escrito sobre un novelista francés entonces casi desconocido, Marcel Proust<sup>1</sup>. Desde entonces fue un fiel colaborador del diario porteño y una

---

<sup>1</sup> “Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust” (*El Espectador VII*, 2004, OC, II, 790 y ss). Apareció originalmente en francés en el monográfico que le dedicó la

enorme porción de su obra apareció en sus páginas<sup>2</sup>. Al año de que estallara la guerra civil en su patria, en 1937, dejó de escribir por causas que la mayoría de los lectores, a buen seguro, ignoraban. Pero había reaparecido este mismo año, en junio de 1940, con una serie de cuatro artículos titulada *Del Imperio Romano*, publicado poco después en libro<sup>3</sup>.

El artículo en cuestión, que hemos calificado de “destemplado” se titulaba “El intelectual y el otro” y es el último que publicó Ortega en *La Nación*, el segundo diario más importante en su actividad periodística, después de *El Sol*, que había contribuido a fundar junto al empresario Nicolás M. Ungoiti en el Madrid de 1917. El contenido responde a lo que anuncia el título: una reflexión sobre esa figura ambigua que acompaña al siglo XX desde su inicio y cuyo declive coincide con el ocaso del siglo, que algunos historiadores sitúan en 1989, aunque, como luego veremos, Ortega predice su salida del primer plano de la atención social para los años treinta. Pero no es solo su reflexión sobre la suerte del intelectual y su desencuentro con el “otro” —a quien por el momento dejamos envuelto en su pura indeterminación pronominal— por lo que me ocupó del artículo sino porque contiene algunas claves, en sentido amplio, biográficas, de su situación —y de su posición— en el contexto del exilio republicano. Concretamente, el artículo es un diálogo con algunos intelectuales porteños, los ubicados a la derecha, como veremos, y los progresistas de la revista *Sur*; y delata, a mi entender, la situación de aislamiento y hostilidad en que se sentía Ortega en aquel Buenos Aires, ciudad donde esperaba recomponer su maltrecha existencia de exiliado europeo. Llegó a puerto cuando las bocinas de los barcos anunciaban el estallido de la guerra mundial.

Muchos años después, Gaos hará una lectura bastante perspicaz del artículo, entre otras cosas porque conocía de primera mano<sup>4</sup> en qué se había

---

*Nouvelle Revue Française* al novelista en enero de 1923. Se publicó en castellano en *La Nación* del 14 – I – 1923.

<sup>2</sup> Véase el exhaustivo análisis de Marta Campomar sobre la colaboración de Ortega con el diario en *Ortega y Gasset en La Nación* (2003, *passim*).

<sup>3</sup> La primera edición *Del Imperio Romano* aparece junto con *Historia como sistema* publicada en Madrid en 1941 bajo el sello familiar de Revista de Occidente.

<sup>4</sup> «Me han llegado las más contrarias nuevas de su estancia ahí: decadencia física e intelectual absoluta, conferencias de bajísimo nivel, fracaso total, encierro dentro de un mínimo círculo de relaciones aristocráticas y reaccionarias...» Gaos anima a su interlocutor, el filósofo argentino Francisco Romero, amigo también de Ortega, a que

convertido la circunstancia argentina para Ortega y en el giro que había dado, al poco de su llegada, giro que se manifestaba en distancia o indiferencia de colegas y conocidos cuando no de franca hostilidad. En “Los dos Ortegas”, probablemente el ensayo más completo de la serie que dedicó Gaos a glosar la figura del maestro y amigo, a raíz de su muerte, en octubre de 1955 escribe: “Argentina pasó de ser la inspiratriz de las ufanas «Palabras a los suscriptores»<sup>5</sup> del segundo *Espectador*, a ser (...) la circunstancia en que se escribe «El intelectual y el otro»” (Gaos 2013, 150). Y añade a continuación su propia valoración del mencionado artículo: Argentina había dejado de ser para Ortega promesa para ser problema: el yo encarnado en *espectador*, dispuesto a hacer siempre pedagogía sobre el paisaje y practicar su “salvación”, no tenía quien le escuchara:

Este espectador crítico es, en un sentido, menos espectador puro que el anterior espectador pedagogo; pero, en otro, más. Menos espectador puro es el crítico en el sentido de que procede contra el espectáculo. Más espectador puro es el crítico en el sentido del impotente contra el espectáculo, y aún con este... La aversión y la impotencia juntas llegan a promover la indignación más resentida y airada. «El intelectual y el otro» es como un grito de anatema arrojado contra aquello que más contraría, a su vez, al intelectual, que en el fondo se siente impotente contra ello. (2012, 153)

Para Gaos resultaba evidente que ese cambio de actitud se debía a las consecuencias de nuestra guerra civil, recién terminada, y a las posturas encontradas que vencedores y vencidos seguían manteniendo. La decisión, que venía de lejos, de Ortega de no tomar partido por ninguno de los dos

---

le cuente algo cuando le responda. No hemos encontrado en las cartas de Romero a Gaos que hemos podido consultar ninguna información sobre Ortega (Gaos 1999, XIX, 175, 174-175). Para las cartas de Romero a Gaos, ver Torchia (1992, 183-188).

<sup>5</sup> Gaos se refiere al entusiasmo con que reaccionó Ortega a las experiencias y atenciones que recibió en aquel primer viaje, lo que le llevó a escribir en la nota preliminar que antepuso al segundo vol. del *El Espectador* (1917): “El Espectador será en lo sucesivo tan argentino como español (...) y tal vez será mejor entendido —mejor sentido— en la Argentina que en España” (2004, II, 266). Y terminaba: “Dentro del reducido círculo de atención a que mi obra aspira, puedo afirmar que buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires” (II, 267).

bandos fue interpretada como traición por ambos y ello tuvo que influir en el progresivo aislamiento de que hablaba Gaos a su colega Romero. Aunque aquel pasa por alto un segundo dato a tener en cuenta: instalado en Buenos Aires, Ortega necesitaba ganarse la vida. La idea de que se le ofreciera una cátedra en la universidad quedó pronto descartada. Depender de los cursos, bien pagados, de instituciones privadas como la Asociación de Amigos del Arte, era inviable a medio plazo. Había sido una solución provisional. Ortega concibió entonces el proyecto de crear una editorial y asociada a ella una cierta actividad docente. El plan fracasó por problemas con la financiación y porque hubo una serie de dificultades con los derechos de autor del propio Ortega que en un principio intentó retener Calpe. Volveremos sobre ello más adelante.

Otra complicación en la vida material de Ortega en Argentina venía de la ruptura con *La Nación* en 1937 a raíz de un artículo que se había publicado contra su persona. Según Marta Campomar en su estudio ya citado *Ortega y Gasset en La Nación* la razón por la que tomó esta drástica decisión fue por la aparición de un artículo de un periodista, Alfonso Laferrère, titulado “La idolatría del intelectual”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> *La Nación* 11-vii-1937. No he podido consultar el artículo pero por las referencias de Campomar, el tema del mismo era el de la mala influencia de los intelectuales en política y la responsabilidad que adquirieron al contribuir al hundimiento de la monarquía en España. De orientación católica, Laferrère probablemente se hacía eco en Buenos Aires de una campaña orquestada desde el lado franquista en el que se acusaba a los intelectuales que habían traído la república de haber provocado la guerra civil. Pemán había dictado una conferencia en Acción Española con el título “La traición de los intelectuales” que en su momento fue replicada por Ortega con un suelto en el diario *Luz* (19 de abril de 1932) titulado “Este señor Pemán” (V, 10). La idea central de esta conferencia halló terreno abonado en una revista falangista que se editaba en Argentina, *Orientación española*. César Pico escribía en la mencionada revista, contra la tesis de Ortega de que la república había llegado a España “de modo pacífico”, que habían sido precisamente los intelectuales quienes “habían ocasionado el caos en España al haber causado la caída de la monarquía”. Estas fueron las ideas que replicó Laferrère en su artículo de *La Nación* en 1937. Y da idea de la relevancia que tenía el tópico, que venía de muy atrás, el que, al mismo tiempo, un catedrático de medicina de la Universidad Central de Madrid, Enrique Suñer, con responsabilidades en el recién creado gobierno del general Franco, publicara un libelo bajo el título *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937) del que Ortega había tenido noticia por lo que se deduce de una carta a Marañón, desde Lisboa (13 de marzo de 1939), en la que le comenta: “Al llegar aquí me dieron la noticia de que había sido

Más allá de especular sobre el motivo y la ocasión de la ofensa, no cabe sino concluir que el tema del “intelectual en política” era uno de los puntos teóricos y biográficos que más preocupación despertaban en Ortega. Es razonable por tanto la interpretación que Campomar hace del motivo de fondo que habría provocado la aparición en *La Nación* de artículo que nos ocupa, “El intelectual y el otro”, como una respuesta “a Alfonso Laferrère sobre la idolatría de los intelectuales (...) contestación a todos los que directa o indirectamente le habrían ofrecido desde *La Nación* y en publicaciones argentinas el homenaje del insulto por ser un intelectual español movilizador de conciencias aburguesadas” (2003, 389). Es más relevante lo segundo, es decir, que, como Gaos observará más tarde, el artículo tenía en su tono exasperado, sarcástico, despectivo y provocador la apariencia de un ajuste de cuentas de quien se despide sin intención alguna de regresar. Así fue. Ortega no volvió a escribir en *La Nación*.

Al principio de su tercera llegada a Buenos Aires pareció que Ortega encontró lo que había ido a buscar, o se conformó con lo que se le ofrecía. Así se deduce de unas letras dirigidas a Victoria Ocampo: “Vivo en mi rincón. No veo a nadie. En la mayor etapa de producción y lucidez que he pasado en mi vida. Si no fuera porque mis chicos están lejos y porque en Buenos Aires no hay libros —diría que soy feliz” (Ocampo 1965, 16). Pero

---

nombrado nada menos que presidente del Tribunal de Responsabilidades a [Enrique] Suñer. No le oculto que si esta noticia se confirma la consideraría como la más penosa que en el último año y medio he recibido de España” (López Vega 2008, 203).

La reacción de Ortega al artículo de Laferrère fue fulminante. Envía su renuncia en septiembre de 1937 a Ortiz Echagüe, el corresponsal del diario en París y su conexión oficial con el mismo. Pero no da ninguna explicación. Poco tiempo después y a requerimiento de Eduardo Mallea, entonces director del suplemento literario, y cercano al grupo *Sur*, amigo de Ortega desde el segundo viaje, le pide explicaciones y Ortega contesta con una carta que cita ampliamente Campomar y en la que comenta la aparición del artículo “no porque en él hubiese ataques para mí —hace 30 años que los sufro y comprenderá que estoy encallecido— sino por el género y la ocasión del ataque” (2003, 348). Ortega calificaba el artículo de “anormal” en su contenido crítico; pero al mismo tiempo es consciente de que la libertad de expresión que él se había tomado siempre muy en serio, admite pocas excepciones. Se trataba de un conflicto sin solución que le obligaba a dejar el periódico, a pesar del perjuicio objetivo que le suponía perder una de las pocas fuentes de ingresos que le quedaban, “... como usted no volvería a una casa donde en circunstancias nada nobles y generosas le han insultado a usted” (2003, 349).

las cosas se torcieron poco después. Probablemente, la novedad que desencadena el hundimiento físico y moral de Ortega al año siguiente no tuvo que ver tanto con el mal ambiente entre los exiliados y los círculos intelectuales y universitarios, que ya le habían rechazado, como con el hecho de que se quedó sin ingresos al fracasar las negociaciones con Espasa Calpe<sup>7</sup>.

Pasó el año siguiente, 1941, sumido en una honda melancolía, de la que tenemos noticia por una carta a Victoria Ocampo.

Puedo decirte que desde febrero mi existencia no se parece *absolutamente nada* a lo que ha sido hasta entonces y que *sin posible comparación*, atravieso la etapa más dura de mi vida. Muchas veces en estos meses he temido morirme en el sentido más literal y físico, pero en

---

<sup>7</sup> Su hijo José relata el episodio: Ortega autoriza a Espasa la edición de sus libros y de los fondos de Revista de Occidente hasta 1936 y se compromete a dirigir con obra propia una colección que se llamaría “Conocimiento del hombre”, “donde irían títulos de primer orden y que harían recuperar a Espasa su rango editorial. A cambio, él tendría un sueldo de asesor de unos 1.000 pesos mensuales, que le permitiría vivir pudiendo dedicarse con plenitud a su obra filosófica sin tener que depender de colaboraciones en la prensa...” (2002, 390). Pero el consejo de administración rechaza el nombramiento de Ortega y —aquí está la traición, indica Ortega Spottorno—, Olarra “que lo sabe todo en enero de 1941 no se lo dice hasta dos meses después”. Que fue esta la razón que determinó el mencionado hundimiento, lo confirma la valoración del episodio: “Fue el mayor disgusto en la vida de mi padre: todos sus proyectos se venían abajo”. Y es que Olarra se negó a devolver los derechos de sus obras, lo que en aquel momento constituía el único ingreso asegurado de que disponía la maltrecha economía de Ortega, aunque finalmente los recuperó, no sin presionar mediante cartas a sus viejos amigos de la editorial como Serapio Huici. En su ensayo “Ortega y Espasa Calpe argentina”, Marta Campomar confirma y documenta las observaciones de Ortega Spottorno: “Denegada la asesoría y fracasado el proyecto docente, era consciente de que la única fuente de financiamiento que le quedaba venía de sus libros. Se iniciaban a fines del ‘41 nuevos conflictos con Calpe de Argentina sobre los derechos jurídicos de sus obras y sobre las expectativas económicas de nuevas ediciones” (Campomar 1999, 110). Campomar no duda en culpar a la casa madre, y a las posiciones ideológicas conservadoras y antiliberales de los nuevos responsables del rechazo a los planes de Ortega, “donde el más mínimo atisbo de liberalismo secularizador era extinguido y reprobado”, por lo que no estaban dispuestos a apoyar “una gestión cultural que le permitiera retomar a Ortega el liderazgo intelectual en América Latina” (1999, 111).

una muerte de angustia. Hoy, están en el mundo muriendo del mismo modo muchos hombres de mi condición. (Ocampo 1965, 18).

Y un poco más abajo, como queriendo subrayar la extrema dificultad de trasladar al prójimo, aunque como en este caso fuera muy próximo, un dolor moral literalmente *inefable* añade: "...haz el favor de imaginar un momento que en vez de una te fallasen a la vez todas las dimensiones de la vida y con ello tendrías una idea de lo que a mí me pasa" (Ibid.)

Sin medios materiales<sup>8</sup>, aislado social e intelectualmente, con la familia en España, la entrada de EEUU en la guerra precipitó la decisión de regresar a Europa. Si el Atlántico se convertía en un escenario bélico, podía quedar aislado en América. De ahí la decisión de instalarse en Portugal. Abandonó el Plata un 9 de febrero de 1942. Nada en la vida de Ortega dejaba de tener, al menos en aquellas fechas, una dimensión "política", sin importar que él hubiera tomado la decisión de retirarse de la vida pública.

## II. Una carta abierta para Alfonso Reyes

Guillermo de Torre, un crítico literario español residente en Buenos Aires desde 1928 y cercano al círculo de *Sur*, casado con Norah Borges, hermana de Jorge Luis Borges, con el que Ortega compartía numerosas

---

<sup>8</sup> Es menester insistir en este aspecto de la vida de Ortega en su estancia argentina y en su decisión de regresar a Europa porque como veremos a continuación fue objeto de una interpretación que todavía hoy es la que domina en la amplia bibliografía sobre las estancias argentinas de Ortega y sus relaciones con el exilio. Campomar rescata de la correspondencia de Ortega el dato de que a la vista de la negativa de Calpe de financiar su proyecto, bloqueó intencionadamente la concesión de un préstamo por parte del Banco de la Nación Argentina y las gestiones para dar en Lima unos cursos y conferencias. Y refiere que en carta a su discípulo Luzuriaga (20 de septiembre de 1941) Ortega le transmite la misma impresión de hundimiento que ya conocemos por la carta a Ocampo: de repente, "toda su vida se ha desarreglado"; en Buenos Aires "no había encontrado 'ni por azar, eso que se llama facilidad en nada'" (cit. en Campomar 1999, 115). El resultado de todas estos contratiempos materiales y morales fue que Ortega tomó la decisión de abandonar Buenos Aires, para lo que, última humillación, tuvo que pedir un adelanto de 10.000 pesos a Olarra para costear el viaje de regreso firmando una garantía que habría de resultar onerosa para sus intereses.



amistades, dirigió a Alfonso Reyes —íntimo amigo de Ortega desde que el mexicano llegara a Madrid hacia 1914, embajador de México en Argentina en el periodo en que Ortega la visitara por segunda vez (1928)—, una carta abierta en la que hacía una interpretación “política” de la decisión de Ortega de abandonar Buenos Aires, la ciudad que le había cerrado todas las puertas, según he documentado antes. Este pequeño detalle será ignorado ante la “evidencia” de que Ortega se iba a la Europa fascista a “posicionarse” frente o contra la América libre.

Torre habla del “caso” Ortega: “Le sospecho a estas alturas enterado — escribe a Reyes— del caso en sí: el embarque de Ortega y Gasset, hará un par de meses, hacia Lisboa como primera escala, pero con meta prevista, y pseudoconfesada (*sic*) en Berlín o Madrid”<sup>9</sup> (2000, 141). Este es el tono general de la carta. A esta primera especulación, perfectamente “falsada” por los hechos<sup>10</sup>, sigue otra que, a mi juicio, raya en la malevolencia. Citando como fuente a “personas que le escucharon durante los últimos días” atribuye a Ortega lo siguiente: “Se avecina una guerra entre Europa y América. Yo voy a tomar posición en Europa” (2000, 143). Esta es la sustancia del escrito. El resto son juicios, denuestos, rechazos que repite Torre como si se tratara de consignas previstas, dictadas: las escasas palabras que pronunció Ortega contra la república —en rigor contra los comunistas que se habían apoderado de la dirección del gobierno republicano— contra el frente popular, contra Einstein, tratado de ignorante sobre lo que realmente estaba pasando en España. Y la revisión de su filosofía, ¡ay!, tan antidemocrática y elitista, tan criticadora de las masas, etc:

Pero si usted relee (...) páginas antiguas y recientes de Ortega, comprobará que este nunca hizo mayor misterio de sus sentimientos antidemocráticos, de su ‘debilidad’ por la fuerza, de su larvado cesarismo. Esto sin recordar su ominoso silencio durante la guerra de España; sin recordar asimismo aquel significativo acceso de indignación que le acometió ante el hecho de que Einstein hubiera hecho declaraciones a favor

<sup>9</sup> Cito por el Apéndice que reproduce la carta en Abellán (2000, 141-144).

<sup>10</sup> Ortega no pisó Madrid hasta 1946 y aún tardó algunos años en pisar Berlín.

de los republicanos españoles (según se lee en ‘Epílogo para ingleses’)...  
(2000, 143)

Cuesta trabajo leer hoy la interpretación que sostiene Torre, que compartió Reyes y seguramente muchos exiliados republicanos que leyeron la carta con el espíritu instalado aún en la guerra. Porque Torre concluye:

Aquello eran todavía palabras, de valor circunstancial y modificable para quien tan diestramente supo manejarlas. *Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave: un acto definitivo e irrevocable* (Ibid. Cursiva añadida). Lo de ahora: “marcharse *ahora* de América es una desertión y de las más gravemente penadas en el código moral. (2000, 143)

Establecerse en Lisboa, capital de un Estado neutral tradicionalmente anglófilo. Leer y escribir de filosofía. Abstenerse de toda intervención pública con una excepción muy comentada<sup>11</sup>, ser objeto de todo tipo de ataques por parte de los poderes políticos, culturales y académicos del nuevo Estado nacional-católico, hasta el punto de ser erradicada cualquier huella o indicio de su magisterio, de ser apartados de la universidad todos sus discípulos, con la excepción de Paulino Garagorri<sup>12</sup>; y mantenerse alejado de la España oficial hasta el fin de sus días, exactamente eso es lo que dio de sí la profecía de Torre.

El mensaje que se trataba de hacer llegar estaba claro desde la primera línea: era la “crónica de una desertión”. Y la intención: dañar la imagen de Ortega, supuesto enemigo de la causa republicana. El intelectual, antaño tan elocuente y escuchado, abandona en un silencio vergonzante, sin rechazar la victoria de Franco, sin pronunciarse contra las fuerzas del Eje y a favor

---

<sup>11</sup> Para la conferencia del Ateneo de Madrid en mayo de 1946 véase Giustiniani (2007, 43-92) y un amplio comentario en Lasaga (2012; 2014).

<sup>12</sup> Fue profesor no numerario en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid y nunca juró los “Principios del Movimiento nacional” como tuvo que hacer todo profesor numerario, es decir, funcionario del Estado.

de los Aliados, América, para tomar partido al lado de “esa Europa incriminada” donde impera el fascismo<sup>13</sup>.

La carta no parece haber sido una reacción espontánea de Torre a la noticia de la partida de Ortega, sino algo meditado y conversado, como se deduce de la siguiente nota que Torre dirige a Reyes, acompañando la carta abierta: “Dos líneas para adjuntarle esta otra Carta Abierta más explícita”. Indica que “se publicará aquí” y, en efecto, aparece en primera instancia en *España Republicana*, Buenos Aires, 16-V-1942; y añade que como no pagan lo suficiente para reservar el *copyright*, “puede usted disponer de este texto para hacerlo reproducir en México...” (García 2005, 195-196). En efecto, sería inmediatamente publicada con el título “Sobre una deserción”, en los *Cuadernos Americanos*, según informa Reyes a su amigo en la contestación a la anterior:

Recibí su carta del 16 y la adjunta Abierta que desde luego doy a los mismos *Cuadernos Americanos*. Ya había sentido yo este dolor, pero era tarde para tachar la frase final del párrafo que usted cita<sup>14</sup> (...) y que me fue dictada, aunque ya vivía yo lleno de sospechas, por mi afán de alargarle el crédito moral hasta el último instante a ese hombre que tanto hemos admirado. Su deserción es un golpe en el corazón para nosotros, tiene usted razón. (García 2005, 195-196)

Esta fue la desatenta despedida que recibió Ortega de su querido Buenos Aires y que le alcanzó ya en Europa. El tiempo, como suele, ha puesto a cada uno en su lugar. Aquí se trata de constatar, con una punta de melancolía, que la pasión política lo encenagó todo, también sólidas

---

<sup>13</sup> Estas observaciones pueden parecer excesivas pero más bien se quedan cortas. Véase al respecto los capítulos finales, desde el XXIV, de *Ortega y Gasset Luces y sombras del exilio argentino* (Campomar 2016), que llegó a las librerías cuando este artículo estaba prácticamente terminado.

<sup>14</sup> Las palabras a las que se refiere Reyes son: “Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y responsabilidad histórica de España— me confesó que le agradaría ser apodado *Ortega el Americano*, como se dijo en la Antigüedad: *Escipión el Africano*”. Se trataba de tacharlo de un prólogo que Reyes había escrito para una reedición de *Virgin Spain* de Waldo Frank publicada en 1941 (cf. la nota al pie en García 2005, 196).

amistades como la que había fraguado por muchos años entre Reyes y Ortega.

Reyes, a mi juicio, se precipitó al dar por buena la versión de Torre inducido por su aparente proximidad, al menos física, a Ortega. Compartía con éste dos espacios del mundo cultural porteño: el diario *La Nación*, en el que Torre dirigía, desde 1928, el suplemento literario, y la revista *Sur*, de cuya redacción era miembro destacado. Pero Ortega no mantenía buenas relaciones con ninguna de las dos. Con *La Nación*, ya lo hemos visto. En cuanto a las relaciones de Ortega con *Sur*, a pesar de la amistad con Victoria Ocampo, su directora, que en ningún momento se vio empañada por los acontecimientos, no fueron muy intensas que digamos: apenas colaboró en la revista, de hecho, solo apareció un artículo “Ictiosaurios y editores clandestinos”, cuyo tema, como se puede apreciar por el título, era bastante “de circunstancias”<sup>15</sup>. Terminó pidiendo la retirada de su nombre del Comité de Colaboración. Es éste un episodio oscuro en el doble sentido de la expresión: porque cuando se relata no se citan fuentes y porque, de ser cierto, sería índice de un estado de confusión en Ortega sin precedente. Según coinciden los dos autores que mejor relatan la tercera estancia argentina, la ya citada Marta Campomar y Tzvi Medin, la petición de Ortega de ser retirado de la lista de colaboradores ilustres estuvo motivada por una nota que *Sur* publicó sin firma en su sección “Calendario” en que se burlaban de los artículos que la revista argentina, de inspiración católica y filo-franquista, *Sol y luna*, venía publicando. En un tono irónico y de descalificación se hablaba de “hispanidad retinta” y “se citaban párrafos que en verdad hablaban por sí mismos” del tipo: “Dios puso en manos del Generalísimo la espada de la guerra (...) Está teñida de sangre —porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente— y está teñida

---

<sup>15</sup> Apareció en el número de noviembre de 1937. La presencia de Ortega en la revista durante su tercera estancia argentina es más bien escasa: una reseña del libro *Ideas y creencias* en la sección de “Notas” firmada por Rafael Virasoro (1940, 85-92) y antes, una nota de salutación firmada por V.[ictoria] O.[campo] que comienza: “Ortega y Gasset ha vuelto a Buenos Aires. Lo que habría que preguntarse ahora es si ha estado jamás realmente ausente de aquí” (1939, 73). Comento de pasada que la mencionada reseña es francamente negativa, escrita por alguien que consiguió no enterarse de las novedosas y complejas tesis que allí se presentaban. Cito como muestra, el final: “A quien hace fe de pragmático le invitaría yo a contemplar históricamente el magnífico espectáculo de una resuelta voluntad de verdad que nunca desfallece” (1940, 92).

de luz —porque su salvación debía realizarse luminosamente” (cit. en Medin 1994, 129-130)<sup>16</sup>. Marta Campomar coincide en lo esencial con Medin: “El otro incidente importante que tuvo que ver con Ortega en el exilio y que aparece en *Orientación española*, fue aquel número de *Sol y Luna* donde colaboraba como fundador Máximo Etchecopar, amigo de Ortega, y que motivó su retirada de la lista de colaboradores de la revista *Sur* de Victoria Ocampo” (Campomar 2009, 796). Medin recurre al testimonio directo de algunos de los testigos implicados en esta historia pero no especifica fuente alguna que pruebe la razón por la que Ortega pide ser dado de baja en el comité de ilustres de *Sur*. Tampoco Campomar cita la fuente de cómo se produjo la petición ni remite a documento alguno. En cualquier caso, lo que no admite duda es que hasta el n° 60 (agosto de 1939) aparece Ortega como colaborador en la solapa de portada de *Sur* y en el 61 desaparece, junto con el resto de los colaboradores extranjeros. En el n° 69 (junio, 1940) reaparecen todos los extranjeros menos Ortega.

Que Ortega se retirase de *Sur* me parece razonable y coherente con su famosa exigencia de silencio y distancia de toda manifestación política. De hecho, ni ante la guerra civil ni ante la guerra mundial *Sur* y su directora quisieron mantenerse en silencio como si fuera posible la literatura *pura*. Por ello reaccionaron inmediatamente con dos monográficos, el primero cuando estalla la guerra en Europa (octubre de 1939) y el segundo cuando la guerra llega a América, a raíz del bombardeo de Pearl Harbour y la entrada de EEUU en la contienda (“La guerra en América” n° 87, diciembre 1941). Puede ser que Ortega hiciera alguna gestión para alejarse de *Sur*. Ya lo estaba de cualquier institución pública o privada que rozara con cosas políticas. Que lo hiciera específicamente por defender a los nacional-católicos de *Sol y luna* plantea algunas preguntas de difícil respuesta. Por un lado, Ortega no podía ignorar que era en esos círculos donde había hecho fortuna la acusación, llegada de España, de que los intelectuales —y entre ellos aquellos que habían contribuido a traer la Segunda República, fundando incluso una Agrupación al Servicio de la República (Ortega, Marañón y Pérez de Ayala)—, eran los responsables del caos que vivió España en los 30 y que se resolvió en guerra civil. Dicho sin rodeos: los defensores del “Movimiento nacional” culpaban a Ortega de la guerra civil.

---

<sup>16</sup> La cita de *Sol y luna* la toma de *Sur*, julio 1939.

¿Fue por defender a estos círculos por lo que se malquistó Ortega con *Sur*? Cuesta creerlo. Es más factible, y la carta de Torre es elocuente en tal sentido, que a Ortega no se le perdonara su abstención de apoyar a la república y no unirse al exilio del bando perdedor. Y que Ortega lo supiera; y que, como hizo cuando un periodista de derechas le insultó en *La Nación*, se sintiera con razón rechazado en *Sur* y decidiera retirar su nombre, último vínculo.

Pero el silencio de Ortega tuvo dos caras y si aquí se atiende a la interpretación que de él hizo el exilio, no conviene olvidar que del otro lado le llegaron no pocos ataques y sinsabores, comenzando por el ya relatado de la desafección que mostró Espasa Calpe hacia sus propuestas, perjudicándolo económicamente hasta el punto de tener que abandonar América.

### III. Una segunda carta abierta para Reyes

Es posible, y aquí lo damos como pura especulación, que el episodio de la carta abierta de Torre sobre la vuelta de Ortega a Europa guarde relación con otro desencuentro, el ocurrido entre Ortega y Reyes a cuenta de unas declaraciones que el primero hizo sobre el segundo y que tuvo como colofón otra carta abierta que José Gaos dirigió a Reyes.

Gaos se exilió en México en 1938 y fue uno más de los muchos intelectuales españoles acogidos a la generosidad del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Fue precisamente Reyes el principal<sup>17</sup> vínculo

---

<sup>17</sup> Aunque no el único, ni siquiera el primero, pues se le adelantó Daniel Cosío Villegas, economista y fundador del Fondo de Cultura Económica. Cosío ocupaba un cargo diplomático en Lisboa, desde donde fue testigo cercano, a partir de 1938, del fracaso militar de la Segunda República y del hecho de que muchos intelectuales españoles se hallarían, en pocos meses, ante la necesidad de emigrar. Cárdenas aceptó el plan que le planteó Cosío y le nombró director de la institución creada para acoger a los profesionales españoles, médicos, poetas, pintores, filósofos, etc. que se acogieron a la generosa hospitalidad de La Casa de España, nombre que adoptó provisionalmente. Cuando se advirtió que el sino de la República no admitiría vuelta atrás, se transformó en una institución más compleja, concebida para durar y que pasó a llamarse El Colegio de México, ya bajo la dirección de Alfonso Reyes, aunque afortunadamente, Cosío Villegas, que poseía verdadero talento organizador, permaneció en la dirección como

material y moral de dicho gobierno con el exilio en su condición de director de la institución creada para acogerlos, la Casa de España muy pronto transformada en el Colegio de México.

El sucedido que relaciona a Reyes y Gaos con Ortega y a su vez con lo ocurrido en Buenos Aires en 1942 gira en torno a unas declaraciones que Ortega hizo cuando ya se había instalado en España a un diario mexicano. A la pregunta de “si tiene amigos en México”, responde que “tenía, como Alfonso Reyes”:

*Pues qué le ha hecho Alfonso Reyes, maestro?  
Nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías...  
¿Cómo cuales, maestro? (...)  
Gesticillos de aldea<sup>18</sup>*

El desencuentro ha sido contado muchas veces y siempre bajo el mismo enfoque, a saber, que Reyes fue descalificado por Ortega en su condición de responsable de la ayuda a los exiliados republicanos, es decir, que la *causa* del desprecio fue que Reyes hubiera organizado la acogida y auxilio del

---

secretario. Véase la crónica de la fundación según la evoca Cosío Villegas en *Autobiografía: un tramo de mi vida* (1997, 65 y ss)

<sup>18</sup> Cito por el texto mecanografiado, que se conserva en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, de la entrevista que Reyes envió a Ortega en carta fechada en México D.F., 17 de septiembre de 1947, sobre la que volveré más adelante. Transcribo en su totalidad la parte de la entrevista que afecta a Reyes. Juzgue el lector si es posible deducir (o inducir) de ahí interpretaciones como la que sigue: “Esta vez había equivocado el tiro al deplorar o reprobar implícitamente las razones humanitarias y hasta éticas que convirtieron a Reyes en refugio vital de tantos intelectuales y profesores en el Colegio de México. Las consecuencias fueron mucho más letales porque desactivaron las prevenciones para enjuiciar la supuesta neutralidad política de Ortega, esa falsa equidistancia basada en el silencio o la inactividad pública. Hasta entonces podía mantenerse la confianza en esa neutralidad porque no había indicios rotundos de lo contrario, a excepción (no muy explícita) del “Epílogo para ingleses” de 1938 que pospuso a la traducción británica de *La rebelión de las masas*”. Jordi García (2013, 156), el más reciente biógrafo de nuestro filósofo, ofrece la última interpretación que coincide en lo esencial con la lectura que ya hiciera Gaos, como veremos, y que ha quedado canonizada. Sin embargo, la “porción de tonterías” y los “gesticillos de aldea” podían ser muy bien respuesta dolida al ataque que Torre dirigió contra él sirviéndose de Reyes como de caja de resonancia, a lo que éste se prestó de buen grado.

exilio republicano del 39. Pero no por repetida, dicha interpretación se sostiene en hechos o declaraciones del propio Ortega, directas o indirectas.

En relación con esta interpretación no cuestionada, uno de los autores que mejor conoce las fuentes y las dos cartas, la abierta de Torre y la de Reyes a Ortega, por ser editor de varios epistolarios, Carlos García, aunque no las relaciona, comete un error no sé si intencionado. En una nota a pie sobre la aparición de *Cuadernos Americanos* escribe: “La revista comenzó a publicarse a principios de 1942; en el número de julio-agosto de 1942 aparecieron allí artículos críticos sobre Ortega, *después de que éste publicara algunas opiniones despectivas sobre Alfonso Reyes*” (García 2005, 195, la cursiva es mía). Pero el artículo al que remite como fuente de su afirmación es uno de él mismo: “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un malentendido” (García 2000, 72-74) en donde recoge las cartas que Reyes dirigió a Ortega en privado después de que, en 1947, aparecieran en el diario mexicano las descalificaciones del español. Pero en ellas no hay rastro que confirme la aseveración de que hubo en 1942, o antes de esta fecha, algún ataque o descalificación de Ortega a Reyes. Medin comete un error análogo al de García. Refiriéndose a la carta abierta de Guillermo de Torre a Reyes, observa: “Esta carta se publicó en el mes de agosto de 1942 y tenía que ver también con declaraciones despectivas de Ortega, a su llegada a Europa, con respecto a Reyes (“habla como un provinciano”). Dicho sea de paso, este incidente provocó también una carta de José Gaos a Ortega...” (Medin 1994, 132). Aunque cabía la posibilidad de que Medin se refiriera a otras declaraciones, de las que él tendría noticia, la alusión final a Gaos delata que se trata de una confusión: las declaraciones a las que se refiere son las que conocemos y venimos contando, las publicadas en el diario mexicano en 1947. Ignoro la fuente del error en que incurre Medin pero no deja de ser sintomático que funcione (el susodicho error) como una justificación del ataque de que es objeto Ortega. En cualquier caso, Ortega no “ofende” a Reyes hasta 1947, cinco años después de “Sobre una deserción”. García y Medin coinciden en suponer sin pruebas que el primero en “ofender” fue Ortega. Si hubiera sido así, se justificaría la carta de Torre a Reyes y la reacción aquiescente de éste dándole publicidad. Pero si Ortega no faltó a Reyes antes de tener noticia de la carta abierta de Torre, y de la publicidad que mereció, habría una razón de peso —si se quiere psicológica,



aunque no moral— para explicar las palabras de menosprecio de Ortega a Reyes cinco años después.

Reyes reaccionó enviándole una carta muy atenta y cordial con un propósito claro: que Ortega rectificara públicamente el menosprecio que le hacían sus palabras, poniendo en solfa su condición de intelectual cosmopolita:

Por más que usted se esfuerce, no podrá usted borrarne de su conciencia. Una sola palabra de Usted, de rectificación o esclarecimiento, aparte de hacerme a mí un bien inmenso, le devolverá a usted la alegría de ver que mi recuerdo, cuando se le aparezca y le visite, le sonríe como en los tiempos mejores. ¿Será posible que un hombre de su talla desoiga esta reclamación? (cit. en García 2006, 125)<sup>19</sup>

Pero Ortega desoyó el ruego, incluso reiteradamente, porque al no obtener respuesta, Reyes hizo un segundo intento de inducir unas palabras de disculpa de Ortega. Lo cuenta Carlos García en “Reyes y Ortega: nuevas huellas de un largo malentendido”. Recupera ahí una carta que el mexicano dirige a Juan Guerrero Ruiz, escritor amigo, residente en Madrid, al que pide que le haga llegar a Ortega una segunda misiva: “Usted conoció —dice Reyes— hace años mi amargura. Yo no me resigno. ¿Quiere usted, y puede usted, hacer llegar la adjunta carta a José Ortega y Gasset, sin darse por enterado del incidente anterior? (García 2006, 126). En el pliego que adjunta para Ortega matiza el mensaje de la primera: que el filósofo pronuncie “una sola palabra”, “comprensiva y afectuosa, aún sin necesidad de rectificación alguna” (García 2006, 127). Ortega siguió sin responder, aunque es posible que este segundo envío no llegara a su destino porque no hay rastros de la segunda carta en el archivo de su fundación.

Pero Reyes, que se quejó a Ortega de ser atacado a raíz de sus declaraciones, recibió el apoyo incondicional de los españoles emigrados, que tanto le debían. Debió parecerle de especial relevancia el de José Gaos en forma de carta abierta publicada en la prensa mexicana (*El Nacional*,

---

<sup>19</sup> La carta fechada en México D.F., 17 de septiembre de 1947, se conserva en el archivo de la Fundación Ortega (Carpeta 41/12) junto con la copia de la entrevista, que Reyes había remitido mecanografiada.

México D.F., 21 de septiembre de 1947). “Se trata de usted y de Ortega<sup>20</sup>, y de los intelectuales españoles y aún de los españoles en general...” Gaos quiere dar a su nota el máximo radio de gravedad: la ofensa a Reyes es la ofensa a México y no duda en criticar a su antiguo maestro negándole el último crédito de valor moral que aun le reconocía: “No sé qué autoridad tendrá Ortega en la España franquista... Mas sea de esto lo que quiera, es un hecho muy triste pero muy hecho que en la España antifranquista (...) ha perdido Ortega su autoridad intelectual y sobre todo moral casi íntegramente”. Y el casi lo justificaba por los que, como él, aun guardaban un resto de respeto al maestro. Pero “qué hondo y sincero pesar encontramos empujados hacia la pérdida de un respecto que creíamos necesario” (Gaos 1999, 144)<sup>21</sup>.

La siempre compleja relación entre Gaos y su maestro no terminó aquí. Tras su muerte en octubre de 1955, Gaos requerido desde múltiples instituciones escribió y disertó sobre su maestro con palabras llenas de reconocimiento y también de críticas. Y aún dedicó una serie de estudios a las obras póstumas que comenzaron a publicarse poco después<sup>22</sup>.

También la muerte de Ortega dio ocasión para que algo así como una reconciliación virtual ocurriera. Reyes, espíritu lleno de generosidad<sup>23</sup> y afecto genuino hacia Ortega, escribió:

---

<sup>20</sup> “Un Maestro que me ha concedido su amistad íntima, el espectáculo de grandeza que ello representa en una de las dimensiones humanas esenciales, la intelectual, ha sido uno de los órganos regulativos de mi vida —permítame usted que le llame así: porque en España lo fue don José Ortega y Gasset, en América ha venido siéndolo usted”. Así termina la carta sin fecha en la que Gaos anunciaba a Reyes la dedicatoria de la *Antología del pensamiento de lengua española de la edad contemporánea*. Según anota el compilador de la correspondencia, Enríquez Perea, el libro se abría con las siguientes palabras: “A Alfonso Reyes, representante por excelencia de la nueva unidad histórica de España la América Española y en ella de una de las figuras esenciales: la del humanista” (Gaos / Reyes 1999, 140 y 139). La dedicatoria pública y la confesión privada dan idea del vínculo que en su *transstierro* sentía Gaos hacia Reyes y el sufrimiento que debió experimentar por la actitud de Ortega.

<sup>21</sup> Un comentario muy ajustado sobre la carta de Gaos en la excelente biografía de José Gaos en Valero (2015, 115).

<sup>22</sup> Una recopilación de las dos series de textos mencionados en Gaos (2013).

<sup>23</sup> Octavio Paz acertó cuando le escribe a Reyes: “Aparte de lo que le debemos todos como aprendices de literatos y poetas, su mejor lección ha sido su incapacidad para el rencor y la envidia” (Paz 1998, 97).

Hubo siempre entre los dos horas de perfecta cordialidad, de cabal comprensión, de intimidad afectuosa que dudo se haya consentido con quienes más de cerca parecían acompañarlo; y siempre también hubo entre los dos algo como aquella amistad estelar de que habla Nietzsche y que conjuga los movimientos de los dos astros por mucho que los veamos alejarse. (Reyes 1956, 66)

Alejamiento bien doloroso para Reyes: “Él quiso extrañárase un día”. El carácter del madrileño podría explicar el sucedido: “Era hombre de ánimo solemne que luchó siempre contra las travesuras de la ironía y del humorismo, sus dos verdaderos adversarios; de una sensibilidad tan aguda que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada” (Reyes 1956, 66). Me parece acertado el diagnóstico. Pero tengamos presente que muy pocos hicieron un esfuerzo por comprender en qué situación le había dejado a Ortega la guerra. El carácter es uno de los ingredientes estructurales que determinan y por tanto explican una vida, pero no el único. Es fácil advertir que la circunstancia, donde habita el otro, resulta igualmente decisiva.

Añadamos un par de observaciones sobre la forma en que Ortega encaró “su” circunstancia de postguerra. Como es sabido, aunque no suficientemente reconocido, Ortega nunca apoyó al régimen de Franco, ni siquiera cuando decidió regresar a España en 1946, aunque manteniendo hasta su muerte su residencia oficial en Lisboa. Tampoco condenó el régimen republicano, que contribuyó a instaurar, sino al Frente Popular que llega al poder en las elecciones de febrero de 1936, pero que, según sus sospechas, obedecía a fines revolucionarios, que no compartía ni se encontraban en la letra o espíritu de la constitución que se había dado la república y en cuya redacción Ortega colaboró, aunque fuera crítico con el texto final. Decidió, ya lo hemos visto, guardar silencio y distancia con respecto a todos y todo lo relacionado con la tragedia española, de la que probablemente se sentía en cierta medida, muy difícil de precisar, responsable<sup>24</sup>. En cualquier caso, parece evidente que Ortega se negó a

---

<sup>24</sup> La debatida cuestión del “silencio de Ortega”, al que he dedicado un amplio trabajo (Lasaga 2012), se escapa a consideraciones racionales. Personas muy cercanas a él en

reconocer la guerra civil como fuente de legitimación, que es lo que hicieron, por supuesto, los vencedores, fundando el “nuevo orden” sobre “la victoria”; pero tampoco podía coincidir con los exiliados. Es sintomático a este respecto el rechazo que mostró Ortega a la iniciativa de crear un espacio político en torno a la metáfora de una “tercera España” que superara las dos Españas fratricidas. La interpretación que Ortega daba al conflicto civil rechazaba de plano que hubiera habido dos Españas. Hubo, por contra, dos minorías políticamente fanatizadas, cada una decidida a terminar con la otra, que cogieron en medio como rehén al pueblo español<sup>25</sup>. La posición que adoptó fue la propia de su vocación, la del pensador que da razón de las

---

esta fase de su vida como sus hijos o algunos discípulos como Julián Marías o Rodríguez Huéscar han reconocido el acaso excesivo ensimismamiento que practicó Ortega con respecto a cualquier asunto que tocara la guerra civil y sus consecuencias. Victoria Ocampo, según refiere Marta Campomar, “...dirá con los años que su silencio fue “pura discreción” y que su hermético callar, que generó malentendidos, se debió a que era “exageradamente discreto”. No obstante, *Sur* fue una de las publicaciones más agresivas hacia su postura personal, sin mencionar nunca su nombre, que ya habría desaparecido de la lista de colaboradores fundacionales” (Campomar 2001, 281)

<sup>25</sup> En carta a Luzuriaga (2 de agosto de 1937), responde a este negando la hipótesis de que tenga sentido plantear la idea de una “tercera España” a modo de superación de las dos que se enfrentaban en la guerra, fruto, a juicio de Ortega, de “dos minorías extremas que luchan entre sí” aunque “el gran torso de la nación (...) por una determinada circunstancia se encuentra más cerca de Franco que de Valencia”. Esa circunstancia era argumentada así: “una parte de la clase obrera, alcoholizada por los eternos demagogos, ha querido hacer una revolución total. Frente a esa revolución, como tal revolución, está el gran torso de España. Y, claro está, al haberse alzado contra esa revolución ciertas minorías de espíritu reaccionario extremista, ha tenido que seguirlos para combatir a la revolución sin poder pretender, ni de lejos, porque la ocasión no lo tolera, manifestar sus distingos y reservas” Citado por Giustiniani (2009, 9). En la entrevista al diario mexicano *El Universal* (15/ix/1947) que contiene la descalificación a Reyes, comenta Ortega, a preguntas del periodista Armando Chávez sobre su experiencia en la guerra civil: “Estaba yo en Madrid, enfermo de gravedad (...) Unos amigos lograron sacarme por Alicante hacia Francia. (...) si no los rojos me matan... o me matan los blancos. Aun no sé quienes me hubieran matado, pero de lo que estoy seguro es de que si me quedo me matan” (De la copia mecanografiada de la entrevista que Reyes adjuntó a la primera carta que le envió (17/ix/1947) (Archivo Fundación Ortega-Marañón C 41/12, p. 6). Las cartas en cuestión acaban de ser publicadas por Sebastián Pineda Buitrago en *Revista de Estudios Orteguianos* (Pineda 2016).

cosas y llega allí donde es posible vislumbrar el sentido de lo que acontece<sup>26</sup>. Parece razonable interpretar *Del Imperio Romano* como la reflexión acerca del fracaso histórico de las reformas liberales en la España del 31 y en general en la Europa que contempló impotente la destrucción de las democracias parlamentarias. El intelectual había dejado de ser la “prima donna” desplazado por el líder conductor de las masas. Pero el intelectual auténtico era el que nunca se había apartado de su designio de verdad y silencio, el artesano que acepta trabajar en la oscuridad de su gabinete lejos del murmullo de lo social. La muerte de Unamuno le inspiró una primera reflexión sobre el intelectual en la sociedad de masas, opuesta a la del intelectual *comprometido* que tiene que *salvar* su circunstancia, que profundizó después en “El intelectual y el otro”, como veremos a continuación.

#### IV. El intelectual en el contexto de la Razón Histórica

Podemos leer la carta abierta que Torre dirigió a Reyes como el origen de dos reacciones encadenadas, la declaración de Ortega ninguneando a Reyes y la defensa de éste, que asume Gaos, escribiendo contra Ortega otra carta pública. Y las tres en su conjunto como la escenificación de lo que quedó de unas relaciones personales que habían sido cercanas y entrañables, después irreparablemente rotas. Culpar a una de las partes, por ejemplo a Ortega, de falta de sensibilidad hacia sus antiguos amigos a causa de diferencias políticas es además de injusto moralmente, banal intelectualmente. Aun sin estar de acuerdo con Ortega y concluir que se equivocó en su críptico silencio, que terminó no siendo administrado por él mismo, signficante sobrecargado de ambigüedad y polisemias, Ortega había elaborado una doctrina sobre la responsabilidad del intelectual que corría pareja con la crítica a la rebelión *política* de las masas. Ambas,

---

<sup>26</sup> El ánimo con que llegaba a Buenos Aires queda reflejado en unas palabras que escribe a Victoria Ocampo desde su retiro en un pueblecito portugués, Portimao, el 25 de marzo de 1939, poco antes de embarcar: “Porque reconocerás que con lo que pasa en el mundo ahora, quiero decir, hace tres años, se pueden hacer muchas cosas —indignarse, gemir, protestar— pero hay una cosa que, a la postre, será menester hacer —digerirlo, aclararlo, encontrar el vocablo del enigma...” (Ocampo 1965, 14)

estaban relacionadas. El fenómeno de desmoralización del europeo medio, que Ortega interpretaba como la clave de la crisis de civilización que asoló Europa en la década del treinta, aunque venía de más atrás<sup>27</sup>, tenía su origen en la incapacidad de sus minorías intelectuales de hallar respuestas a la aceleración de la historia que los mismos éxitos de la razón había inducido en sus sociedades.

Pensando en hombres como Miguel de Unamuno, Bernard Shaw, Henri Bergson, Paul Valéry, Thomas Mann, Benedetto Croce, hombres de letras respetados en sus respectivas comunidades, Ortega predice su retirada, cuando no su persecución. Y le adjudica un nuevo papel, más austero, menos visible a la luz cotidiana, pero fundamental para una cultura, como era la europea, cuya textura profunda estaba hecha de ideas. Otro siglo y otro continente no habrían tenido la necesidad de que el intelectual siguiera haciendo lo suyo, pensar, pero ahora tenía que hacerlo de otra manera y abandonar la escena social. En la sentida necrológica que dedicó a la muerte de Unamuno en *La Nación* decía que “los intelectuales no estamos en el planeta para hacer juegos malabares con las ideas (...) sino para encontrar ideas con las cuales puedan los demás hombres vivir. No somos juglares: somos artesanos, como el carpintero o el albañil” (V, 411). En los próximos años<sup>28</sup> insistirá en esta visión de un “intelectual” sin público ni tribuna, más cercano al “profeta que predica en el desierto” porque no entiende ya al “otro” al que, a principios del siglo xx le concedió el beneplácito de la duda en cuanto a su buena voluntad y disposición pedagógica, de la que Ortega ahora descrea. Dos supuestos conducen la reflexión: que ya no es posible

---

<sup>27</sup> Aunque el tema escapa a este escrito, Ortega había identificado el origen del clima que domina la Europa de los treinta en los cambios que tienen lugar en torno a 1917, y, en última instancia, con la crisis espiritual de fin de siglo. La Gran Guerra habría sido consecuencia y no causa de una gran crisis histórica que culmina con la emergencia de los totalitarismos y la Segunda Guerra Mundial, aunque sí, claro está, un inmenso acelerador. Véase las dos conferencias “¿Qué pasa en el mundo” — algunas observaciones sobre nuestro tiempo” (1933) (IX, 9 y ss) y el capítulo “Cambio y crisis” de *En torno a Galileo* (1933).

<sup>28</sup> Véase especialmente *Sobre la razón histórica* (Lisboa, 1944), *Apuntes sobre el pensamiento* (1941) y *La idea de principio en Leibniz* (1946). La metáfora del “profeta que predica en el desierto” que Ortega hace suya en estos y otros textos de los cuarenta, está ya en el Unamuno de *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

pedagogía alguna, cuyo vehículo es necesariamente *logos*, razón<sup>29</sup>, y que el intelectual tiene que pensar en silencio<sup>30</sup>, rechazando todo compromiso *político* con la circunstancia. Así surge el texto sobre “El intelectual y el otro”, cifra de un estado de ánimo y de una respuesta desencantada al mundo que habitaba el intelectual que no estaba dispuesto a decir lo que le exigía el bando de turno. Por eso cabe relacionar el artículo con la carta abierta de Torre a Reyes, prueba e ilustración de que el pseudo-intelectual existía, atareado en especular sobre los motivos que guían las decisiones de intelectual auténtico, al que, en el fondo, le envidia su independencia.

Gaos vio lo que tenía el artículo de ajuste de cuentas, pero quizá no advirtió que también había cuestiones de alta filosofía. El lugar de la inteligencia en la vida humana se “dramatizaba”, como todo lo demás, por cierto, en medio de una crisis histórica sin precedentes. Por eso, el tema del artículo no era el “intelectual”, en el sentido convencional, es decir, la carcasa social del intelectual, escritor, profesor, periodista, filósofo, sino el intelectual como vocación, por tanto, como forma esencial de instalarse en la existencia: “No confundamos las cosas. Aquí se habla del Intelectual que es intelectual con desesperada autenticidad”<sup>31</sup> (V, 624). Aunque en realidad

---

<sup>29</sup> “Ha habido una época, la que empieza en 1600, durante la cual, en efecto, el hombre no se sentía encajado en sí mismo, en sus casillas, en su quicio, más que cuando pensaba conforme a la razón, es decir, que no creía auténticamente más que cuando creía tener razón. Es el hombre moderno que, como he dicho, empieza por ser el hombre galileano y cartesiano. El racionalismo, el tener, quisiera o no, que pensar así, fue su destino. ¿Será definitivo este tipo de hombre, esta forma de la vida que vive *de la razón*? Describiendo ciertos fenómenos de la humanidad actual en mi libro *La rebelión de las masas*, he hecho notar que comienzan a surgir en el horizonte europeo grupos de hombres los cuales, aunque nos parezca paradójico, no quieren tener razón. (VI, 439).

<sup>30</sup> “Ahora el intelectual, como tantas veces va a desaparecer o poco menos, a sumergirse (...) en lo profundo. Lo profundo por excelencia es el silencio”. Se trata, aunque no lo parezca de un viejo tema al que Ortega había dado expresión por primera vez en 1917: “Pero estoy seguro de que en tiempo de guerra, cuando la pasión anega a las muchedumbres, es un crimen de lesa pensamiento que el pensador hable. Porque de hablar tiene que mentir. Y el hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual no tiene derecho a mentir” (“El genio de la guerra y la guerra alemana” II, 324).

<sup>31</sup> Quizá porque tomaba el término en su sentido más exigente, y por tanto excluyente, se permite escribir un año antes que a pesar de los muchos viajes a Argentina, “No he tenido ocasión de conocer, aparte contadísimas excepciones, a los intelectuales de Buenos Aires” “Balada de los barrios distantes” (1939), (IX, 228).

se trata del conflicto que sobreviene cuando el intelectual pierde la protección que ciertas vigencias sociales le procuraban y se encuentra de pronto a la intemperie, al alcance de la mirada, de la indiscreción y de la condena “política” del “otro”. Y entonces comienzan las confusiones y los despropósitos.

¿Pero quién es el “otro”?

Quien vive “instalado en un mundo de cosas que son de una vez para siempre lo que parecen ser” (V, 628), es decir, el hombre corriente que no se hace problema del mundo: “su vida va a consistir en un atenerse a lo que hay ahí, en moverse dentro de ese mundo incuestionado, sólido, compacto y definitivo (...), manipular las cosas, usarlas, aprovecharlas en su ventaja lo mejor que pueda. Es un egoísta nato. Lo que le importa es salir adelante, hacer su negocio, pasarlo bien él y los suyos. Si es honrado, con decoro. Si no, con trampa” (Ibid.). Más adelante veremos que el conflicto, en realidad, no es con el “otro”, sino que el intelectual, como don Quijote, vive entre dos mundos, yendo y viniendo entre la realidad mostrenca de lo social y los “mundos interiores”<sup>32</sup> de ideales y definiciones, por tanto de irrealidades. Y, como don Quijote, puede en algún momento confundir los órdenes. Y terminar en la melancolía.

El texto es muy complejo y tiene varios planos. Por de pronto este en que Ortega se siente tan apaleado como el Caballero de la Triste Figura y por eso se identifica como *intelectual*. Aun a sabiendas de que “iba muy pronto a ser centrifugado de la consideración pública” e iba a pasar a “ser nada”, no dudó Ortega en dedicar su vida a semejante tarea. Nos dio la clave de tal absurdo al principio del artículo: porque hay hombres para los que vivir

---

<sup>32</sup> No es posible entrar en detalles respecto de esta importante categoría de la razón histórica. Citaré unas líneas del capítulo que dedica a precisar qué es un “mundo interior” en el ensayo “Ideas y creencias”: “Lo que solemos llamar realidad o «mundo exterior» no es ya la realidad primaria y desnuda de toda interpretación humana, sino que *es lo que creemos*, con firme y consolidada creencia, ser la realidad. Todo lo que en ese mundo real encontramos de dudoso o insuficiente nos obliga a hacernos ideas sobre ello. Esas ideas forman los «mundos interiores», en los cuales vivimos a sabiendas de que son invención nuestra como vivimos el plano de un territorio mientras viajamos por éste. Pero no se crea que el mundo real nos fuerza sólo a reaccionar con ideas científicas y filosóficas. El mundo del conocimiento es sólo uno de los muchos mundos interiores. Junto a él está el mundo de la religión y el mundo poético y el mundo de la *sagesse* o «experiencia de la vida»” (V, 681-682).



implica cumplir su vocación. Dedicar tu tiempo y tu energía a inventarle un ser a las cosas, a la teoría, que desde Grecia es contemplación inútil, pero que es capaz de entrever lo que oculta el futuro, es convertirse en una especie de idiota<sup>33</sup>: “no he contado nunca con que, en serio, se me hiciera caso y no estaba ni estoy dispuesto a aceptar la ficción de que soy atendido” (V, 625), dice Ortega a los argentinos, evocando unas palabras que dedicara a los españoles en circunstancia más dramática. Y algo de eso hay en la descripción que hace Ortega de la jornada de un Intelectual:

presencia una vez y otra el nacimiento de las cosas y estrena la gracia de que sean lo que son. Va de sorpresa en sorpresa. Su cotidianidad está hecha de exclusivas sorpresas. Lleva la pupila dilatada de asombro. Camina alucinado. Es borracho de nacimiento. Tiene el aire demencial que toma un arcángel cuando se avecinda en un barrio terrestre. (V, 627)

Hace muchos años, en *Meditaciones del Quijote* (1914), ya había hecho una alusión a la imagen del arcángel para reivindicar el oficio de cultura: “La obra de arte no tiene menos que las restantes formas del espíritu esta misión esclarecedora, si se quiere *luciferina* (I, 789). Y, ¿cómo entender esta descripción de la cultura en 1914? En 1940, me temo que en oblicuo, irónicamente, por el optimismo que mostraba respecto del poder de la cultura para mejorar la historia. Lo que señala Ortega con el dedo torcido del sarcasmo es que el intelectual genuino vive fuera de la realidad-convención, expuesto a cometer muchos *errores*, entre ellos el de creer que cuando habla con el otro, éste le entiende. Pero resulta que “se trata de dos maneras radicalmente opuestas de tomar la vida...” Y cuando el Intelectual descubre esta absoluta alteridad, es como caer en la cuenta de que “ha mostrado a los demás su última intimidad: lo que piensa del mundo (...) de lo que está pasando...” La actividad del intelectual debe quedar oculta, “como la del ladrón, el espía o la prostituta” (Ibid.). Por eso no se extraña de que el intelectual haya terminado por merecer de la sociedad una

---

<sup>33</sup> Idiota afín al príncipe Mischkin, el protagonista de la novela de Dostoievski de idéntico título. Ortega predicó en el desierto poblado de los periódicos españoles avisando una y otra vez que la república caminaba hacia el desastre de una guerra civil sin que casi nadie percibiera en sus avisos más que frases de un intelectual resentido, sediento de poder.

consideración semejante a la de los *oficios* mencionados y sea tratado como un paria y un malhechor (V, 629). Ortega vislumbra que los intelectuales van a ser sistemáticamente perseguidos y silenciados –excepto los que pidan voluntariamente el ingreso en el orwelliano Ministerio de la Verdad–, por los movimientos totalitarios, lo que provocará el surgimiento de una nueva figura de intelectual, el disidente.

Hasta cierto punto, todo esto, el malentendido crónico entre el intelectual y el otro, es coherente, trágicamente coherente. El oficio del intelectual es destruir la apariencia de las cosas, negar las certezas, socavar los mitos, es decir, romper todas aquellas convenciones que permiten vivir al otro sin excesivos conflictos. En suma, el intelectual es el aguafiestas, el que pone fin al idilio que el otro está siempre esperando vivir. El intelectual “sabe que las cosas no son plenamente si el hombre no *descubre* su maravilloso ser que llevan tapado por un velo y una tiniebla. De ahí que para el intelectual vivir significa andar frenéticamente afanado en que cada cosa llegue de verdad a ser lo que es, exaltarla hasta la plenitud de sí misma” (V, 628-629). Ortega entiende aquí al intelectual como el hombre creador de cultura, el innovador de ideas y técnicas, el que inventa religiones, valores morales, perspectivas artísticas, el ser de las cosas, los teoremas matemáticos o, en fin, el arco o la aspirina. El mundo no es algo que haya hecho un dios de una vez por todas sino un proceso de edificación y destrucción, fiado a lo que construye el hombre sobre el suelo de una naturaleza opaca que apenas se deja conocer, aunque sí manipular. La realidad es nuestra vida pero esta reposa sobre un plano de puro enigma del que nunca hallaremos la solución.

La visión del intelectual en contraposición al otro no se deja entender en sus potentes y paradójicas imágenes si no se refiere a la metafísica de la vida humana que Ortega venía elaborando desde los años treinta.

Como último acto del medio siglo de la Cultural, Ortega dictó una conferencia titulada “Juan Luis Vives y su mundo”. Anunció al principio que no iba a hacer una biografía al uso, impresionista, sino a exponer una doctrina filosófica “con todas las de la ley”. Dicha doctrina no era sino su metafísica de la vida humana, la realidad radical que contienen todo cuanto hay, pero en el bien entendido de que la realidad no se deja aprehender como “ser” sino como un “acontecer” que tiene estructura de drama.

Si los asistentes a la conferencia hubieran prestado atención a lo que oían, hubieran sentido algo parecido al asombro al ver cómo ante sus narices el

mundo se desvanecía; los objetos perdían su rotundidad de “cosa”, indecisos, ocultos bajo una capa de interpretaciones. También desaparecía “el hombre”, disuelto en su vida, entendida como el drama que acontece entre un yo y un mundo extraño, ajeno, hostil; y formando parte del mundo, su cuerpo y su alma porque “el alma —les explica Ortega— es solo un aparato inmaterial, psíquico, con el cual vivimos, como vivimos con nuestro cuerpo y con las cosas que nos rodean... (IX, 445). Pero nada de eso es el protagonista del drama que nos constituye, sino un personaje que llega desde el futuro y se hace presente como una voz interior: “El yo de cada cual es ese ente extraño que, en nuestra íntima y secreta conciencia, sabe cada uno de nosotros que tiene que ser” (Ibid.). El oyente atento concluye entonces que su yo es algo irreal que está llegando a ser, como un personaje de una obra de teatro que tuviera la impresión de que tiene que interpretar sin texto previo, sin autor, improvisando... Y de pronto cae en la cuenta de que Ortega le acaba de ofrecer una descripción exacta de aquello en que consiste su propia vida, su existir<sup>34</sup>. Lo que acaso le resulte más misterioso, porque lo del teatro ya se le había ocurrido..., es eso de la vocación. Una llamada, una reclamación... “hacia nuestro más auténtico destino”. Porque “el yo auténtico de cada hombre es su vocación”.

Pareja a la desrealización del hombre en su yo-vocación, Ortega describió el mundo social como algo carente de solidez. Su trama más conspicua son “los usos vigentes”, es decir, “creencias, ideas, preferencias y normas” (V, 446). De este conjunto lo decisivo son las creencias que cuando son plenas determinan lo que los hombres consideran posible e imposible, es decir, que son las creencias las que deciden la estructura y orden, más o menos permanente, que llamamos realidad. El porteño que le escuchaba podía haber comprado hacía poco el libro que Ortega acababa de publicar y que se titulaba precisamente *Ideas y creencias* (1940). Aquí no es posible detenerse en su contenido; observo de pasada que en su capítulo inicial, que da título al libro, se consuma la historización de lo real en la

---

<sup>34</sup> Para la metáfora de la vida como una obra de teatro a cuyo escenario somos arrojados en mitad de la acción, *¿Qué es filosofía?* (1929): “No nos hemos dado a nosotros la vida, sino que nos la encontramos justamente al encontrarnos con nosotros. Un símil esclarecedor fuera el de alguien que dormido es llevado a los bastidores de un teatro y allí, de un empujón que lo despierta, es lanzado a las baterías, delante del público” (VIII, 42).

dirección que había iniciado poco antes en *Historia como sistema* (1935). La vieja convención de que las cosas tienen un ser, sea eterno (Naturaleza) o creado (Dios), se esfuma en una afirmación radical de que la razón humana no es capaz más que de crear algunas ficciones duraderas que sostienen por un tiempo, a veces largo, las épocas o edades de la historia, la existencia humana. El hombre tiene que estar reaccionando constantemente a los problemas que su vida le plantea y lo hace con su imaginación, con su inteligencia, forzado por la necesidad, pero con una libertad profunda que se asienta sobre la estructura metafísica de la vida como soledad. Pero el suelo que le sostiene no es la “tierra”, una interpretación, sino el puro enigma de no saber. Por eso la vida es naufragio. El hombre como

sustancial peregrino de ser, sin poder quedar nunca fijo y para siempre en un modo de ser quieto y definitivo, sustituyéndose siempre a sí mismo, inventando un mundo donde alojarse y destruyéndolo después para crear otro, perpetuo emigrante de mundo en mundo, de ilusión en ilusión. (IX, 454)

En este momento el conferenciante fue interrumpido por los aplausos del respetable. ¿Qué aplaudían? ¿La fuerza poética de las imágenes o el significado subyacente a las mismas: que el mundo, nuestra vida, no es más que un peregrinar de ilusión en ilusión camino de la nada? ¿Qué ilusión es la que estaba a punto de pasar? Así como Dios había sido el centro del orden creencial del mundo hasta la época de Juan Luis Vives, Ortega sugiere a sus oyentes que el orden de creencias de la modernidad está agotado: “muchos hombres de hoy siguen creyendo en la 'cultura', pero como algo que está tras ellos y no delante” (IX, 466).

Pero la vida se ejecuta hacia adelante. Por eso, el intelectual, como la prostituta o el espía son necesarios por los servicios que prestan a la comunidad, aunque resulten incómodos y detestables, también lo es: porque interpreta el futuro y en ocasiones acierta.

En un último giro del artículo, Ortega reconocía que a pesar de su mal humor, el intelectual no tenía problemas con el otro. Forma parte del juego que el otro vaya a lo suyo, en su mundo de urgencias y utilidades, que sea egoísta y que, en fin, no se entere de nada. “¡Qué diablo, viva el Otro!” — exclama Ortega. “Lo que no puede soportar el Intelectual son las

falsificaciones de que hoy está atestado el planeta. Porque hay el pseudo Intelectual, que no es sino el Otro, con el antifaz de escritor, de hombre de ciencia, de profesor, de filósofo” (V, 629). Ortega termina criticando el intelectualismo, idealismo degradado, que se operó en la cultura del siglo XIX. Los intelectuales europeos terminaron por darle la espalda a la realidad y jugar con ideas. Y acostumbraron al Otro, el hombre a quien las ideas le traen al fresco, a tener que tratar con ellas. Y el resultado fue que cuando las ideas se pusieron en marcha, se convirtieron en dogmas y la modernidad terminó en una crisis profunda que ha recibido muchos nombres pero que en lo esencial consiste en que el mundo que había comenzado con Descartes y Galileo, Montaigne y Cervantes ha llegado a su fin y con ella el intelectual auténtico.

Ortega advirtió ya en 1932 que la crisis de la modernidad se caracterizaba por ser crisis de *todo clasicismo*<sup>35</sup>, es decir por no retener creencia alguna del pasado. La cultura se convertía en una pura especulación de “ocurrencias” en donde el intelectual-demagogo, al que Ortega denunciaba desde finales de los veinte, hacía su agosto. A ello no podía oponer sino ensimismamiento y silencio<sup>36</sup>. Pero no solo por razones tácticas, porque no quisiera confundir o ser confundido, sino por otras más profundas. Soledad y silencio aparecen en el horizonte de toda crisis histórica como las condiciones necesarias —aunque no suficientes— para que, en medio de un mundo sin vigencias ni certidumbres, la vocación le diga lo suyo a cada cual. Ortega halló una vez más la metáfora adecuada para transmitir con elegancia este mensaje íntimo. La tomó de Cicerón: “A veces, en medio de las batallas se han oído voces de Fauno”.

---

<sup>35</sup> “Pero la crisis europea, que es la crisis del mundo, puede diagnosticarse como una crisis de todo clasicismo” (V, 121).

<sup>36</sup> No es casualidad que la primera conferencia que Ortega dicta en Buenos Aires tras su llegada en octubre de 1939 se titule “Ensimismamiento y alteración”, anunciada como “primera lección del curso “Seis lecciones sobre *El hombre y la gente*” en la Asociación de Amigos del Arte.

## Referencias

- Abellán, José L. 2000. *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Madrid: Espasa, págs. 141-144.
- Campomar, Marta. 2003. *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El elefante blanco.
- . 1999. “Ortega y el proyecto editorial de Espasa Calpe”. *Revista de Occidente*, Madrid, págs. 99-116.
- . 2009. *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución cultural española*. Madrid: Biblioteca Nueva – Fundación José Ortega y Gasset.
- . 2001. “Victoria Ocampo en la cultura del amor de Ortega y Gasset”. *Revista de Estudios Orteguianos* 3: 209-290.
- . 2016. *Ortega y Gasset: Luces y sombras del exilio argentino*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cosío Villegas, Daniel. 1997. *Un tramo de mi vida*. México, FCE.
- Gaos, José. 1999. *Obras Completas, XIX.- Epistolario y papeles privados*. México, Universidad Nacional autónoma de México.
- . 2013, *Los pasos perdidos*. Editado por José Lasaga. Madrid: Biblioteca Nueva – Fundación José Ortega y Gasset.
- . 1999. *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos – Alfonso Reyes*, compilado por Alberto Enríquez Perea. México: El Colegio de México.
- García, Carlos. 2005. *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958) Alfonso Reyes – Guillermo de Torre*. Valencia: Pretextos.
- . 2000. “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un largo malentendido”. *Revista de la Unam* 600-601: 72-74.
- . 2006. “Reyes y Ortega: un largo malentendido. Apéndice al epistolario Alfonso Reyes/Juan Guerrero Ruiz (1949-1950)”. *Revista de Occidente* 300: 121-128.
- Gracia, Jordi. 2013. “Un maestro tambaleante: Ortega al fondo”. *Diez ensayos sobre Realidad. Revista de ideas, Buenos Aires, 1947-1949*, editado por Carolina Castillo y Milena Rodríguez. Granada: Fundación Francisco Ayala, págs. 147-166.

- Giustiniani, Eve. 2007. "Itinerario biográfico: 1946. Las conferencias de Lisboa y Madrid sobre *Idea del teatro*". *Revista de Estudios Orteguianos* 14/15: 43-92.
- . 2009. "El exilio de 1936 y la *tercera España*. Ortega y Gasset y los blancos de París, entre franquismo y liberalismo". *Circunstancia* 19. Disponible en <http://www.ortegaygasset.edu/publicaciones/circunstancia>
- Lasaga, José. 2012. "Sobre el silencio de Ortega: el silencio del hombre y el silencio del intelectual". *Cuadernos hispanoamericanos* 745-746: 33-56.
- . 2014. "Ortega y Gasset y la guerra civil española". *Cuadernos hispanoamericanos* 774: 6-31.
- López Vega, Antonio (ed.). 2008. *Epistolario inédito Marañón-Ortega-Unamuno*. Madrid: Espasa.
- Medin, Tzvi. 1994. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México: FCE.
- Ocampo, Victoria. 1939. "José Ortega y Gasset, *Sur*, pág. 73.
- . 1965. "Algunas cartas de Ortega y Gasset". *Sur* 296: 1-18.
- Ortega y Gasset, José. 2004-2010. *Obras completas*. Madrid: Taurus - Fundación José Ortega y Gasset. Todas las citas, salvo indicación en contrario, se localizan al final de las mismas, correspondiendo el nº romano al volumen y el árabe a la página.
- Ortega Spottorno, José. 2002. *Los Ortega*. Madrid: Taurus.
- Paz, Octavio. 1998. *Correspondencia Alfonso Reyes – Octavio Paz (1939-1959)*, editado por de Anthony Stanton. México: Fundación Octavio Paz – FCE.
- Pineda Buitrago, Sebastián. 2016. "Órbitas en pugna. José Ortega y Gasset - Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955)". Primera parte en *Revista de Estudios Orteguianos* 32: 55-85; y segunda parte en 33: 27-88.
- Reyes, 1956. "Treno para José Ortega y Gasset". *Cuadernos Americanos* 1: 65-67.
- Torchia, Juan C. 1992. "Correspondencia José Gaos-Francisco Romero". Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, págs.183-188. Disponible en [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.1348/pr.1348.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1348/pr.1348.pdf)
- Valero Pie, Aurelia. 2015. *José Gaos en México: Una biografía intelectual, 1938-1969*. México D.F.: El Colegio de México.

Virasoro, Rafael. 1940. "Notas.- Los libros: José Ortega y Gasset: *Ideas y creencias* (Espasa-Calpe Argentina)". *Sur* 74: 85-92.